

instalarse en el mundo, en la realidad, un cristal por el que, de alguna manera, todos miran.

Dentro de esta dinámica del hermetismo hay un cuento que se puede considerar como una excepción: se trata de «Luvina». Aquí, en un bar, en penumbra, se produce una confesión y sabemos que hay alguien escuchándola. Pero este hombre que se confiesa, que rompe el silencio, en realidad susurra porque ya no es un hombre. La realidad de Luvina, «...aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos, y Luvina en lo más alto, coronándolo con su blanco caserío como si fuera una corona de muerto»⁹, lo ha desposeído de su realidad de hombre. Ya no es posible más agresión, porque la realidad del pueblo moribundo ha ejercido sobre él toda la violencia posible. Pero es que además esta confesión ni pide disculpas ni tiene el carácter de una queja; se trata de un aviso, casi desde la tumba, contra la esperanza del joven extranjero que acaba de llegar. Ahora el hermetismo no tiene sentido, es el momento de exhibir las heridas porque ya no hay forma de ocultarlas.

«Un lugar donde anida la tristeza»¹⁰

Sabía que los dos personajes iban a vivir
en un pueblo desértico, allí donde
las tumbas hablan y los muertos se ríen de
los más viejos recuerdos, y se burlan de los vivos¹¹.

Existen leyes básicas, leyes que basta con mover unos milímetros de su espacio para que nos invada un espanto helado. Cuando era niña alguien me contó un cuento de terror que no he podido olvidar: había un carrusel en el que los caballitos de madera se devoraban los unos a los otros. Aquello me pareció una pesadilla abismal, y tenía razón: parte de las leyes que organizan la realidad se habían roto. Pero entre el caos estructural y la realidad que creemos conocer, existe una mirada intermedia. Cuando nos sumergimos en la lectura de *Pedro Páramo* nos sobresalta una semejanza tan enorme entre los vivos y los muertos que comenzamos por suponer que en el universo que Rulfo nos muestra alguna ley se ha quebrantado. Sin embargo esto no es así. No hay nada mágico en Rulfo, si no más bien un aprecio extremo por la veracidad. Nadie invoca a los fantasmas, nadie llama a los muertos; ellos están a nuestro lado a pesar nuestro. Bien, Rulfo no nos abandona en un abismo sin estructura, caótico, y sin embargo nos invaden el estremecimiento y la sospecha. La veracidad siempre tiene que ver con la ambigüedad y Rulfo nunca lo olvida. Rulfo no elimina las leyes, no le hace falta eliminarlas; simplemente difumina las fronteras entre los cuerpos legales, los mezcla, los aparea, y el resultado es una ambigüedad estremecedora pero cercana.

Lo primero que averiguamos de Comala es que «aquello está en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al infierno regresan

⁹ *Ibíd.*, pág. 93.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 94.

¹¹ Rulfo, Juan: Citado por Jorge Rodríguez Padrón: «El 'más allá' de Juan Rulfo», pág. 253. En Cuadernos Hispanoamericanos. Números 441-423. Madrid, julio-septiembre 1985.

por su cobija»¹². Muchos estudiosos han definido a Comala como un espacio mítico en el sentido clásico del término. Es posible que se puedan encontrar ciertas analogías entre lo que los antropólogos denominan espacio mítico y Comala; sin embargo, Comala no es un espacio en el que las leyes se quebrantan para poder decir lo que se quiere decir, porque, como ya anoté, en *Pedro Páramo* no se puede hablar estrictamente de quebrantamiento de leyes. Comala es lo más real de entre lo real. Y por ello es un espacio ambiguo: «Hay una multitud de caminos. Hay uno que va para Contla; otro que viene de allá. Otro más que enfila derecho a la sierra. Ese que mira desde aquí, que no sé para dónde irá (...). Este otro de por acá, que pasa por La Media Luna. Y aún hay otro que atraviesa toda la tierra y es el que va más lejos»¹³. Es ese espacio que queda entre la frontera de lo que imaginamos vida y la frontera de lo que imaginamos muerte. Un espacio poblado de recuerdos, susurros, «un gentío de ánimas que andan sueltas por la calle»¹⁴. Es un laberinto especial porque, a diferencia de los otros laberintos, en éste se pueden atravesar los muros; a cambio, no se puede encontrar la salida, porque éste es el espacio más real, más veraz y más lúcido. Tal vez esto suene un tanto extremo; cuando hablo de la realidad de Comala en ningún momento quiero decir que éste sea un espacio realista (y por supuesto, realismo mágico no sería un término adecuado para definirlo). Todos sabemos que el final lógico de la vida es la muerte, pero muy pocos son capaces de sobrevivir en la conciencia de la muerte. La cultura suele tender a defendernos de esa conciencia: nos mantiene ocupados, nos distrae, crea instrumentos para el disfraz, aunque no para el olvido, ya que es en parte esa conciencia la que nos constituye en humanos. Pues bien, la veracidad, la sinceridad de Comala radica en que los personajes que la habitan tienen una conciencia absoluta de la muerte, y por esto, que estén vivos o muertos no es lo más importante de la novela. Rulfo nos ha dibujado un espacio incierto y ancestral en el que las fronteras entre la vida y la muerte son tremendamente ambiguas. Como pedía Rilke, allí cada uno posee su propia muerte, convive con ella y la sabe su fiel compañera; viven y trabajan para dignificar en la medida de lo posible esa muerte. Allí nadie puede permitirse el lujo de olvidar por un solo instante que va a morir, y también saben que es esa muerte propia la que dará el valor justo a sus vidas.

Y es esta conciencia extrema de la muerte, esta cohabitación con ella, la razón de que en *Pedro Páramo* se produzca con la confesión una relación peculiar. A diferencia de en *El llano en llamas*, conocemos móviles, intimidades y deseos, pero los conocemos porque no importa, ya nada importa, pues es la conciencia de la muerte la que preside esas confesiones. Como en *El llano en llamas*, la naturaleza continúa siendo hostil. Se nos sugiere que hubo un tiempo, un tiempo primigenio, en el que la vida era fértil, en el que aún quedaba un rincón para la esperanza, el crecimiento y el movimiento. Pero la Comala que nosotros conocemos es un lugar árido, infértil y sobre todo estático; un universo cerrado en sí mismo. Algunos personajes aún conservan un desconsolado deseo de huida, pero los más han aceptado que no hay lugar al que huir: «Ya de

¹² Rulfo, Juan: *Pedro Páramo*, pág. 69. Edit. Cátedra. Madrid, 1986.

¹³ *Ibid.*, pág. 118.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 119.

por sí la vida se lleva con trabajo. Lo único que a una la hace mover los pies es la esperanza de que al morir la lleven a una de un lugar a otro; pero cuando a una le cierran una puerta y la que queda abierta es no más que la del infierno, más vale no haber nacido... El cielo para mí, Juan Preciado, está aquí, donde estoy ahora»¹⁵. Lo escalofriante es que ese aquí es la tumba. Pero, ¿cuál es la llave que ha cerrado todas las puertas? Según Octavio Paz, la soledad, el silencio, tienen las mismas raíces que el sentimiento religioso: «Es una orfandad, una oscura conciencia de que hemos sido arrancados del Todo y una ardiente búsqueda; una fuga y un regreso, tentativa por restablecer los lazos que nos unían a la creación»¹⁶. Tal vez Rulfo sea más escéptico, o al menos, sus personajes lo son, ya que ni siquiera se esfuerzan por perseguir lo que consideran definitivamente perdido; ese estado de unidad con un tiempo redondo en el que había lugar para el resurgimiento. Pero ya no es posible; efectivamente, fueron arrancados del Todo, porque: «Luego están nuestros pecados de por medio. Ninguno de los que todavía vivimos está en gracia de Dios. Nadie puede alzar los ojos al cielo sin sentirlos sucios de vergüenza. Y la vergüenza no cura»¹⁷. Estos personajes se confiesan, pero bajo sus confesiones no subyace la ilusión de que el arrepentimiento garantice el perdón; el perdón tiene que ver con el destino y la fatalidad de la comunidad, del cosmos, no con la vergüenza de un individuo. Dos de las voces más lúcidas de la novela son Dorotea y Susana San Juan; esta última es una conciencia extrema, con una vida extrema, dentro de un mundo ya extremo, y es este personaje el que nos susurra: «¿Y qué es la vida, Justina, sino un pecado? ¿No oyes? ¿No oyes cómo rechina la tierra?»¹⁸ Bajo esta perspectiva, el tamaño del pecado no es demasiado importante. En realidad nadie juzga, nadie posee un código con el que sopesar el tamaño de los pecados y el tamaño del castigo correspondiente. El destino de Juan Preciado no es mejor que el de Miguel Páramo: los dos son igualmente ignorantes, en un principio, de sus muertes y los dos se hallan atónitos ante ese destino. Porque se trata de una comunidad que arrastra un destino de desdicha, que termina inexcusablemente encontrándose con la muerte; estos personajes ven los pecados de los otros pero no los juzgan porque, a su vez, se saben pecadores, y porque, además, conocen y asumen la existencia de un pecado mayor e irreparable, un pecado que va unido al hecho de estar vivos y de haber perdido honda y definitivamente la conciencia de un tiempo curvo y abrigador, como los vientres de las embarazadas; un pecado del que todos son responsables. Por esto nadie le reprocha nada a Pedro Páramo, no es que no vean sus pecados, sino que no se sienten suficientemente limpios como para el reproche.

Es cierto que hubo otro tiempo, ese tiempo que habita en la memoria de Dolores Preciado, en el que se oían las voces de los niños por las calles, se podía oler la fertilidad de los campos, la vida no era agria, y aún quedaba un rincón para la inocencia. Pero ni siquiera aquél era el tiempo primigenio y redondo, era, simplemente, un tiempo de tránsito; y porque sabían que eran horas de tránsito, algunos huyeron, se fueron de Co-

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 135.

¹⁶ Paz, Octavio: *El laberinto de la soledad*, pág. 19.

¹⁷ Rulfo, Juan: *Pedro Páramo*, pág. 119.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 179.